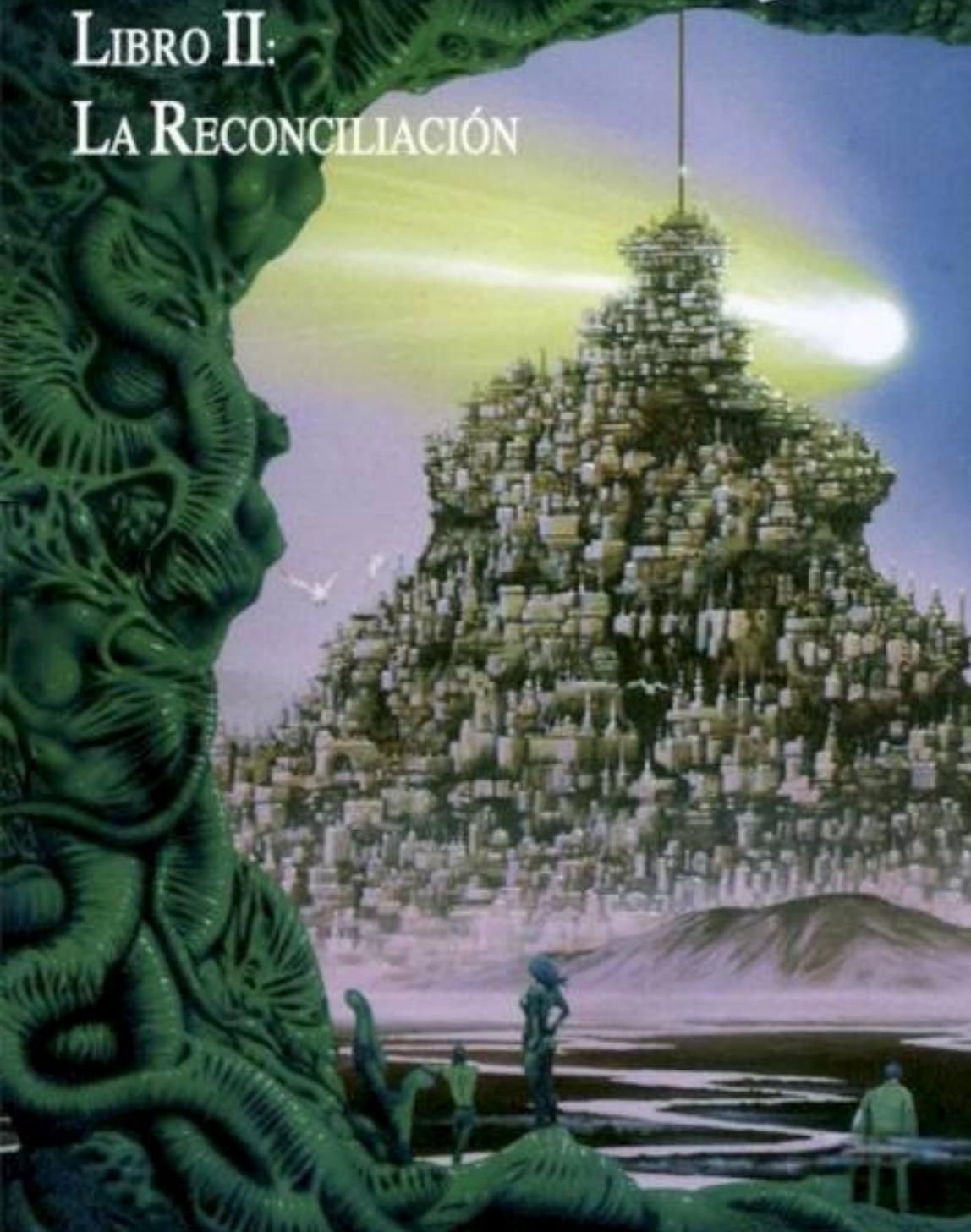


CLIVE BARKER IMAJICA

LIBRO II:

LA RECONCILIACIÓN



John Furia Zacharias, alias «Cortés», experto falsificador cuya vida se ha convertido en una sarta de mentiras; Judith Odell, cuyo poder para dominar a los hombres es mayor de lo que ella misma cree; y Pai'oh'Pah, un misterioso asesino procedente de otra dimensión, se ven envueltos en una compleja trama situada en Imajica. Un universo poliédrico y oscuro, regido por leyes más allá de nuestro conocimiento; lejano pero, a la vez, a nuestro alcance. Una historia donde el erotismo y la pasión se entrelazan con el terror y la ambición.

Clive Barker, uno de los autores más aclamados del mundo, logra con Imajica una de sus obras más ambiciosas. La novela reúne todos los ingredientes del mejor Barker —fantasía, terror y misterio— en una combinación perfecta que colmará las expectativas del lector más exigente.

Ilustraciones

CELESTINE
CONCUPISCENCIA
CUNA DEL CHZERCEMIT
GEK-A-GEK
PICTOGRAMA (GLYPH)
IN OVO
DESCANSITO (LITTLE EASE)
NULLIANAC
OETHAQUES
EL RETIRO
LOS JUSTICIEROS
LAS HERMANAS DEL DELTA
EL INVISIBLE (THE UNBEHELD)
VANAEPH
YZORDDERREX
ZARZI

Prefacio

No dejamos de mirar hacia atrás una y otra vez en busca de razones; escudriñamos el pasado con la esperanza de descubrir algún fragmento de una explicación que nos ayude a comprendernos mejor, tanto a nosotros mismos como a nuestras circunstancias.

Para los psicólogos, esta búsqueda se produce quizás a raíz del acoso de un dolor básico. Para los físicos, no es más que un rastreo en busca de evidencias de la Primera Causa. Para los teólogos, por supuesto, es una cruzada para buscar las huellas de Dios en la Creación.

Y para un cuentacuentos (particularmente para un fabulista, un escritor de «fantásticos» como yo) muy bien puede tratarse de una búsqueda de las tres cosas a la vez, motivada por la vaga sospecha de que están relacionadas inextricablemente.

Imajica fue un intento de urdir estas búsquedas en una sola narración, de plegar mis escasos conocimientos de este trío de disciplinas (psicología, física y teología) en una aventura interdimensional. La novela resultante es caótica, no cabe duda. El libro es, sencillamente, demasiado complicado y demasiado heterogéneo para el gusto de algunos. Para otros, sin embargo, la absurda ambición de *Imajica* forma parte de su encanto. Estos lectores perdonarán la poca elegancia de la estructura de la novela y considerarán que, a pesar de que tiene sus caminos duros y sus callejones sin salida, el viaje merece la pena después de todo.

Mis editores, en cambio, se enfrentaron a un problema más práctico a la hora de preparar el libro para su edición

de bolsillo. Si no se quería que el volumen pesara tanto que derribara la estantería, el tamaño de la letra debía reducirse de tal manera que muchas personas, entre las que me incluyo, lo considerarían muy por debajo del ideal. Cuando recibí los ejemplares para el autor, se me vino a la cabeza una Biblia de tamaño bolsillo que mi abuela me regaló cuando cumplí los ocho años, en la que las palabras estaban comprimidas de forma tan densa que los renglones bailaban ante mis saludables ojos. Aquella no fue (tengo que admitirlo) una asociación muy desagradable, ya que las raíces de la extraña florescencia de *Imajica* provienen de la poesía de Ezequiel, Mateo y el Apocalipsis; sin embargo, tenía plena consciencia, al igual que mis editores, de que el libro no era todo lo cómodo para el lector que nosotros deseábamos que fuese.

Y de esas tempranas inquietudes nació esta nueva edición en dos volúmenes. Tengo que admitir con toda honestidad que el libro no fue creado para publicarse de esta manera. El lugar que hemos elegido para dividir la historia carece de cualquier significado particular; se limita a partir el texto por la mitad, más o menos: un sitio en el que se puede dejar un tomo y, si la historia ha obrado su magia, coger el siguiente. Aparte de un tamaño de la letra mayor y de la adición de estas palabras a modo de explicación, la novela ha permanecido intacta.

Personalmente, nunca me han importado demasiado los detalles de una edición u otra. Si bien resulta muy agradable pasar las páginas de un libro hermosamente encuadrado e impreso de forma inmaculada sobre un papel libre de ácidos, lo que importa son las palabras. La primera copia de los relatos de Poe que cayó en mis manos fue una edición de bolsillo con una cubierta demasiado dorada; y lo mismo sucedió con *Moby Dick*. *Sueño de una noche de verano* y *La duquesa de Malfi* son libros que aparecieron en primer lugar como manoseadas ediciones escolares. No tenía la más mínima importancia que estuvieran impresas en

papel burdo y manchado. Su potencial no se vio deslucido en absoluto. Yo tengo la esperanza de que ocurra lo mismo con la narración que sujetas entre las manos en este mismo momento: que la forma en la que se presenta sea finalmente irrelevante.

Una vez aclarado ese asunto, permite que te demore un poco más con unos cuantos pensamientos acerca de la historia en sí. Durante las firmas de libros y convenciones, me han hecho numerosas preguntas acerca del libro, y este parece un lugar tan bueno como cualquier otro para responderlas brevemente.

En primer lugar está la pronunciación. *Imajica* está plagada de nombres y términos inventados, algunos de los cuales son verdaderos trabalenguas: Yzordderrex, Patashoqua y Hapexamendios entre ellos. No existe ninguna regla que dicte cómo deben deslizarse, o salir a trompicones, de la boca. Después de todo, provengo de un país bastante pequeño en el que se puede atravesar un pequeño grupo de colinas y descubrir que, al otro lado, la gente utiliza el lenguaje de una forma totalmente distinta a las personas con las que se acababa de hablar pocos minutos antes. Esto ni es positivo ni negativo. El lenguaje no es un régimen fascista. Cambia de forma constantemente y desafía sin el menor esfuerzo cualquier intento de confinamiento o regulación. Si bien es cierto que tengo una pronunciación propia para las palabras que he utilizado en el libro, incluso estas sufren variaciones cuando, como ya ha ocurrido en varias ocasiones, me encuentro con personas que las pronuncian de una manera más interesante. Un libro pertenece por igual a sus lectores y a su autor, por eso te invito a que busques el sonido que más te guste y lo disfrutes.

La otra cuestión que me gustaría explicar es la motivación que me llevó a escribir esta novela. Por supuesto, una cuestión semejante no tiene una explicación sencilla, pero te proporcionaré todas las pistas que pueda. En primer lugar, siempre he sentido interés por la idea de las dimensio-

nes paralelas y la influencia que puedan ejercer sobre la vida que llevamos en este mundo. No me cabe la menor duda de que la realidad que ocupamos es solo una de muchas, de que dar un paso a un lado podría llevarnos a un lugar diferente. Tal vez, nuestras vidas también discurran en esas otras dimensiones, modificadas en parte o por completo. O, tal vez, esos otros lugares nos sean totalmente ajenos: pueden ser reinos donde moren los espíritus, tierras de leyendas o infiernos. Puede que todo a la vez. *Imajica* es un intento de crear una narración que explore dichas posibilidades.

También trata sobre Cristo. A la gente no deja de causarle asombro que la figura de Jesús sea de vital importancia para mí. Echan un vistazo a *The Hellhound Heart* o a cualquiera de las historias que se incluyen en *Los libros de sangre* y me toman por un pagano que contempla el cristianismo como una mera distracción que nos hace olvidar las nociones del sufrimiento y la muerte. Esta observación encierra algo de verdad. Desde luego que los cánticos hipócritas y los dogmas sarcásticos de las religiones jerarquizadas me parecen grotescos y, en numerosas ocasiones, inhumanos. Tomemos el Vaticano como ejemplo, que se preocupa más de la autoridad que ostenta que del planeta y del rebaño que lo habita. Sin embargo, los retazos mitológicos que aún son visibles bajo capas y capas superpuestas a lo largo de los siglos por los juegos de poder y los rituales (como la historia de la crucifixión y resurrección de Jesús o la del sanador que caminó sobre las aguas y resucitó a Lázaro) me impresionan mucho más que cualquier otra historia que haya escuchado jamás.

Encontré a Jesús de la misma manera que encontré a Dionisio o al Coyote, a través del arte. Blake me lo mostró; como también lo hicieron Bellini y Gerard Manley Hopkins, junto con decenas de otros artistas, y cada uno me ofrecía su interpretación particular. Desde entonces, quise encontrar la manera de escribir sobre Jesús con mis propias pala-

bras; de desplegar su presencia en una historia salida de mi imaginación. Una tarea que resultó ardua. La mayor parte de la literatura fantástica bebe de la inspiración que ofrece el mundo anterior al cristianismo; la obtiene de las hadas, la Atlántida o los sueños de criaturas del ocaso celta que jamás conocieron la comunión. Por supuesto, no hay nada de malo en ello, pero siempre me ha planteado la duda de si esos autores no se obstinaban por negar sus raíces cristianas, ya fuera por frustración o desengaño. Al no haber recibido una educación religiosa, carezco de dicho desengaño: la figura de Cristo me atrajo del mismo modo en que lo hicieran las de Pan o Shiva, porque las historias e imágenes me ilustraban y enriquecían. Cristo, después de todo, es la figura principal de la mitología occidental. Quería tener la sensación de que mi panteón particular podría darle cabida, de que mis invenciones no eran demasiado débiles como para derrumbarse bajo el peso de su presencia.

También espoleaba mi motivación el deseo de arrebatarse este misterio, el más complejo y contradictorio de todos, de las avaras manos de aquellos hombres que lo habían reclamado como propio en los últimos tiempos, sobre todo en Estados Unidos. Hombres como Falwell y Robertson, que predicán piedad y muestran odio, utilizando la Biblia para justificar sus tramas en contra de nuestros propios descubrimientos. Jesús no les pertenece. Y me apena que un gran número de personas imaginativas se hayan dejado persuadir por ese tipo de afirmaciones y hayan dado la espalda al conjunto del misticismo occidental en lugar de reclamar la figura de Cristo como propia. En una ocasión dije durante una entrevista (y lo dije muy en serio) que el Papa, o Falwell, o miles de individuos más, podían afirmar que Dios les hablaba, les daba instrucciones o los hacía partícipes de su Gran Plan, puesto que el Creador también me habla a mí igual de alto y con la misma convicción, pero a través de las ideas que Él, Ella o Ello siembra en mi imaginación.

Dicho esto, debo confesar que cuanto más avanzaba en la escritura de *Imajica*, más me convencía de que llegar a su fin no dependía en absoluto de mí. Jamás me he sentido tan tentado de abandonar una historia como me ha sucedido con este libro. Jamás he dudado tanto de mi capacidad de narrador, ni me he sentido tan perdido o asustado. Y, en la misma medida, jamás había estado tan obsesionado. Acabé tan inmerso en la narración que durante varias semanas, ya cerca de la finalización del proyecto original, me invadió una especie de locura. Solía despertarme tras haber soñado con los Dominios y, de inmediato, me sentaba a escribir sobre ellos hasta que me arrastraba de nuevo a la cama. Mi sencilla vida —la escasa que tenía— acabó siendo monótona y trivial en contraste con lo que me estaba sucediendo (tal vez debiera decir «lo que le estaba sucediendo a Cortés», pero me refiero a mí mismo) a medida que realizábamos el peregrinaje que nos llevaría hasta la revelación. No es casualidad que acabara el libro mientras realizaba los preparativos para mudarme de Inglaterra a listados Unidos. Cuando comenzaba las últimas páginas del libro, mi casa de la calle Wimpole ya estaba vendida y todos sus enseres habían sido empaquetados y enviados a Los Angeles, de modo que todo aquello que solía proporcionarme sensación de bienestar había desaparecido de mi lado. De algún modo, era la situación perfecta para acabar la novela: al igual que Cortés, me embarcaba en una vida totalmente distinta y, al hacerlo, dejaba atrás el país en el que había pasado cuarenta años de mi vida. En cierto sentido, *Imajica* se convirtió en un compendio de lugares conocidos y amados por mí: Highgate y Crouch End, donde había pasado más de una década escribiendo obras de teatro, historias cortas y, en último lugar, *Sortilegio*; Central London, donde viví durante una corta temporada en una magnífica mansión georgiana. En las páginas, describí los veranos de mi infancia y mis fantasías aristocráticas. Vertí mi amor sobre un peculiar Apocalipsis acaecido en Inglaterra: las visiones

de Stanley Spencer, John Martin y William Blake, sueños de una resurrección doméstica y de la imagen de Cristo en la puerta de casa durante una mañana de verano. Refleje la calle Gamut en Clerkenwell, un lugar que siempre me había obsesionado. Las escenas que narran el regreso de Cortés están localizadas en South Bank, lugar donde pasé incontables y maravillosas noches. En resumen, el libro se convirtió en el modo de despedirme de Inglaterra.

No desearlo la posibilidad de regresar algún día, por supuesto, pero de momento, rodeado por la bruma y el sol de Los Angeles, me parece un mundo muy distante. Es extraordinario el modo en que acabas dividido cuando has crecido en un país y lo abandonas por otro. Para un escritor como yo, mucho más preocupado por los viajes hacia lo desconocido y por la melancolía y las dichas que proporcionan, el cambio ha demostrado ser una experiencia educativa.

Espero que estas líneas autobiográficas iluminen la historia que sigue a continuación, como también espero que parte de los sentimientos que me impulsaron a escribir esta novela permanezcan contigo cuando llegues a la última página. Cristo e Inglaterra no han abandonado mi corazón, por supuesto —y jamás lo harán—, pero escribir sobre un tema concreto crea una magia especial. Magnifica las pasiones que han inspirado la historia y, una vez el trabajo está concluido, las entierra; las aleja de la vista y de la mente para permitir que el escritor pueda trasladarse. Sigo soñando con Inglaterra de vez en cuando, y hace poco escribí acerca de Jesús caminando sobre las aguas de la metafísica en *Everville*, cuando le dice a Tesla Bombeck que «las vidas son las hojas del árbol de la historia». Pero jamás volveré a experimentar los mismos sentimientos que me acompañaron mientras escribía *Imajica*. Esas emociones tan especiales han desaparecido entre sus páginas para ser redescubiertas por cualquiera que desee encontrarlas. Si te apetece hacerlo, conviértelas en algo tuyo.

Clive Barker, *Los Angeles*, 1994.

Capítulo 1

Como ocurre con los distritos teatrales de tantas grandes ciudades de toda Imajica, ya sea en los Dominios Reconciliados o en el Quinto, el barrio en el que se encontraba el Ipse había sido un lugar de cierta mala fama en otros tiempos, cuando los actores de ambos sexos complementaban sus magros salarios con los cinco números de siempre: contratación, retiro, seducción, conjunción y giros, todos interpretados por horas, noche y día. Sin embargo, el centro de todas estas actividades se había trasladado al otro lado de la ciudad, donde el floreciente número de clientes de clase media se sentía menos expuesto a la mirada de aquellos de sus coetáneos que iban en busca de entretenimientos más respetables. La calle Lujuria y sus alrededores surgieron en cuestión de meses y pronto se convirtió en el tercer kesparate más rico de la ciudad, dejando que el distrito teatral fuera declinando hasta alcanzar un lugar más legítimo en el mundo.

Quizá porque no despertaba demasiado interés en el público fue por lo que sobrevivió a los traumas de las últimas horas mejor que la mayor parte de los kesparates de su tamaño. Había visto algo de acción. Los batallones del general Mattalaus habían atravesado sus calles de camino al sur, hacia la calzada, donde los rebeldes estaban intentando construir un puente improvisado para cruzar el delta. Más tarde, un grupo de familias del Caramess se había refugiado en el Rialto de Koppocovi. Pero no se había levantado ninguna barricada y no se había quemado ninguno de los edificios. El Deliquium recibiría la mañana intacto. Su su-

pervivencia, sin embargo, no se achacaría al desinterés general sino a la presencia en su perímetro de la Colina del Pálido, un lugar que no era ni colina ni carecía de color, sino que era un círculo conmemorativo en cuyo centro reposaba un pozo utilizado desde tiempos inmemoriales para depositar los cuerpos de los hombres ejecutados, de los suicidas, de los indigentes y, en ocasiones, de los románticos que preferían pudrirse en tales compañías. Llegada la mañana, susurrarían los rumores que los fantasmas de estas almas olvidadas se habían levantado para defender su tierra y evitar que los vándalos y los constructores de barricadas destruyeran el kesparate, que habían rondado por los escalones del Ipse y el Rialto y habían aullado en las calles como perros enloquecidos tras tanto perseguir la cola del cometa.

Con las ropas hechas jirones y en la garganta una súplica inquebrantable, Quaisoir atravesó el corazón de varias batallas y escapó casi ilesa. En las calles de Yzordderrex esta noche había muchas mujeres como ella, destrozadas por el dolor; todas le rogaban a Hapexamendios que retornara hijos o maridos a sus brazos y, en su mayor parte, recibían paso franco entre las líneas, no les hacía falta más contraseña que sus sollozos.

Las batallas en sí no la afligían, en sus tiempos había organizado y supervisado ejecuciones masivas. Pero una vez que las cabezas rodaban, ella siempre se había apresurado a irse y había dejado que fuera otra persona la que se ocupara de las consecuencias con una pala. Ahora tenía que pisar con los pies descalzos unas calles que más parecían mataderos y su legendaria indiferencia ante el espectáculo de la muerte se vio arrollada por un horror tan profundo que varias veces tuvo que cambiar de dirección para evitar una calle que hedía demasiado a entrañas o a sangre quemada. Sabía que tendría que confesar esta cobardía cuan-

do por fin encontrara al Hombre de los Pesares, pero sus culpas eran tantas que una falta más o menos apenas importaría ya.

Y fue entonces, cuando llegó a la esquina de la calle al final de la cual se encontraba el teatro de Pluthero Quexos, cuando alguien la llamó por su nombre. Se detuvo y buscó al que la llamaba. Un hombre vestido de azul se levantaba en ese momento de un escalón, la fruta que había estado pelando en una mano, la hoja con la que la pelaba en la otra. No parecía dudar de su identidad.

—Tú eres su mujer —dijo.

¿Era este el Señor?, se preguntó. El hombre que había visto en los tejados del puerto se había perfilado contra un cielo brillante y había sido difícil distinguir sus rasgos. ¿Podría ser él?

El hombre llamaba a alguien del interior de la casa situada tras los escalones en los que había estado sentado, en otro tiempo un burdel, a juzgar por los grabados obscenos del pórtico. El discípulo, un oethac, salió con una botella en una mano mientras con la otra alborotaba el cabello de un pequeño cretino, desnudo y con la piel brillante. La mujer empezó a dudar de su primer juicio, pero no se atrevió a irse hasta haber visto sus esperanzas confirmadas o hechas añicos.

—¿Eres el Hombre de los Pesares? —dijo.

El hombre que pelaba la fruta se encogió de hombros.

—¿No lo somos todos esta noche? —dijo mientras tiraba la fruta sin probarla.

El cretino bajó de un salto los escalones, la cogió con un gesto brusco y se la metió entera en la boca, de tal modo que la cara se le abultaba y el zumo se le escurría entre los labios.

—Tú eres la que has provocado todo esto —dijo el que había pelado la fruta al tiempo que con el cuchillo señalaba a Quaisoir. Se dio un momento la vuelta y miró al oethac—. Estaba en el puerto. La vi.

—¿Quién es? —dijo el oethac.

—La mujer del Autarca —fue la respuesta—. Quaisoir.

Dio un paso hacia ella.

—Eres tú, ¿no es así?

No podía negarlo más de lo que podía huir, Si este hombre era de verdad Jesús, no podía empezar a rogar su perdón con una mentira.

—Sí —le dijo—. Soy Quaisoir. Era la mujer del Autarca.

—Es una puta belleza —dijo el oethac.

—Su aspecto no importa —le dijo el que pelaba la fruta—. Lo importante es lo que ha hecho.

—Sí —dijo Quaisoir y se atrevió a creer que este era en verdad el Hijo de David—. Eso es lo que importa de verdad. Lo que he hecho.

—Las ejecuciones...

—Sí.

—Las purgas...

—Sí.

—He perdido a muchos amigos y ha sido por tu causa.

—Oh, Señor, perdóname —dijo la mujer mientras caía de rodillas.

—Te vi en el puerto esta mañana —dijo Jesús, y se acercó cuando ella se arrodilló—. Sonreías.

—Perdóname.

—Mirabas a tu alrededor y sonreías. Y pensé cuando te vi...

Estaba a sólo tres pasos de ella.

—... con los ojos brillantes...

La mano pegajosa del hombre sujetó la cabeza de Quaisoir.

—Pensé, esos ojos...

Levantó el cuchillo...

—... tienen que desaparecer.

... y lo volvió a bajar, rápido y afilado, afilado y rápido, para arrancarle la vista a su discípula antes de que esta pudiera empezar a chillar.